

La dialéctica entre tradiciones y opiniones durante la época contemporánea

Celso Almuiña
Universidad de Valladolid

«Lo que no es tradición, es plagio» (Eugenio D'Ors).

«Hay gente que tiene en el lenguaje costumbre de loro y en la vida costumbres de mono. Sólo dicen lo que han oído a otros y sólo hacen lo que han visto hacer» (Maurice Baring).

0. *Tradicón e interpretaciones históricas*

Parece obligado hacer, a modo de introducción, unas breves acotaciones de carácter teórico-metodológico, que sirvan para situar interpretativamente esta compleja temática dentro de unas amplias coordenadas históricas.

Una temática que cabalga sobre múltiples campos de conocimiento y otras tantas corrientes interpretativas. Desde la antropología, etnología, historia, literatura, psicología, sociología, etc. se trata de arrojar luz sobre este campo que se considera, al menos, no ajeno a la propia área de conocimiento. Interpretativamente han sido múltiples los enfoques; sin embargo, vamos a intentar simplificarlos lo más posible, con afán de claridad, aunque si duda con la inherente falta de precisión que ello conlleva.

Es preciso partir de la antropología, puesto que en este tipo de estudios, consciente o inconscientemente, se están manejando muchos conceptos antropológicos, que luego se van a ver reflejados de una u otra forma en las diversas interpretaciones históricas. En este sentido nos puede servir aquí la quintuple división propuesta por Max Scheler¹. Aparte de dar por supuesto que estamos ante un *homo sapiens*, entiendo que la mayor parte de las interpretaciones parten de aceptar de facto una antropología de *homo faber*²; es decir, el hombre como constructor de instrumentos de los cuales se sirve (sin

¹ SECHELER, Max, *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Losada, 1938 y, especialmente aquí: *La idea del hombre y la Historia* (edic. 1978)

² SECHELER, Max, *La formas del saber y de la sociedad*, Leipzig, 1926

entrar ahora en valoraciones pesimistas u optimistas, naturalistas o pragmatistas) para satisfacción de sus instintos y necesidades. El cómo se ordenen esos instintos es otra cuestión, aunque no secundaria. Sólo a la hora de combinar los tres instintos comúnmente aceptados como primordiales (nutrición, reproducción y poderío) dan lugar a interpretaciones históricas bien distintas, desde las que ponen como motor el simple economicismo (pesebre colmado), las etnicistas (pureza de sangre) hasta los que piensan que el poderío, el dominio de los demás, es el instinto más fuerte del «mono desnudo», cuya expresión más acabada sería la lucha por la lucha.

En este sentido, es lógico que el investigador busque especialmente «instrumentos» del pasado. Hay que decir inmediatamente que una herramienta es, desde este punto de vista, tanto el lenguaje (sería el primero) como cualquier otro artilugio que utilizan los humanos en las relaciones de todo tipo. Partiendo de esa antropología se está aceptando que el hombre a lo largo de los siglos ha ido experimentando y fijando una serie de herramientas, que son las «tradicionales» en cuanto que son las que mejor se acomodan a sus necesidades primordiales. Esto dará pié, incluso, como luego veremos, para, a través de las herramientas que una civilización ha utilizado, intentar reconstruir todo el complejo e intransferible mundo espiritual de otra civilización desconocida.

Incluso cuando lo que se investiga es todo ese trasfondo mítico estaríamos intentando rescatarlo e incluso avalarlo³, partiendo de la complicidad no expresada abiertamente que ese momento y esa forma de relación del hombre con el cosmos (con el medio y con los demás) sería la forma perfecta. Y sería así por la adecuación de las herramientas al medio y al servicio de las auténticas necesidades humanas y no la alienación inversa (maquinismo).

Sin embargo, para un verdadero correlato entre Antropología e Historia debemos apuntar inmediatamente que, desde el punto de vista de las interpretaciones históricas, tenemos que establecer dos grandes grupos: en cuanto, para las primeras, ciertamente la tradición sería la espina dorsal de la historia; mientras que para otro segundo grupo es en la creación, en la innovación, donde el género humano se revela realmente en su mejor parte. La que en definitiva le mantiene vivo y le hace progresar sin caer en esclerosis. Carcoma de muchas civilizaciones ya desaparecidas.

Claro que los que aceptan la tradición como la mejor parte de la historia —la decantación de la mena, una vez desprendida de la ganga (veleidades)— encontramos dos interpretaciones bien distintas, aunque las dos igualmente dogmáticas: esencialistas y etnicistas. Para los primeros —de raíz religiosa (providencialista)— la tradición pura (reaccionarismo) es la única conducta segura (incluso sagrada) para caminar por este mundo proceloso y de puro tránsito. Para otros, los etnicistas, esa tradición —y no otra— es la expresión auténtica —genuina— de una forma de ser: la emanación necesaria de una etnia concreta e intransferible. Claro que las interpretaciones etnicistas pueden ir desde el duro racismo a posiciones «culturales» de tipo anacronizante.

Decía que el segundo grupo, bajo la etiqueta de creacionistas o innovador, podía igualmente seguir a su vez dos caminos en la práctica bastante distintos: rupturista y

³ Avaloración, según la Academia, es: «Aumentar el valor o la estimación de una cosa»

ensayista. El primero, entiende que lo mejor para el verdadero progreso humano es la ruptura total con todo tipo de tradiciones, puesto que son amarras que nos atan al pasado. Aquí la utopía no se sitúa en un arcano perfecto sino en un futuro soñado. Idealización (pasado) frente a sueño (futuro). Los ensayistas, desde luego sin despreciar totalmente la tradición y sus «sabidurías», prefieren buscar nuevos caminos, mirar más al futuro que al pasado. En buena medida, el presente sería el resultado de lastres del ayer más que plasmación de proyectos de futuro.

Como se puede deducir de lo anteriormente expresado, aunque sea de forma resumida, en toda investigación sobre tradiciones hay que partir, explícita o implícitamente, de una determinada concepción antropológica para poder dar sentido histórico a los diversos y dispersos restos (fuentes históricas) que, venciendo al tiempo, han llegado hasta nosotros; en otro caso, únicamente nos quedaremos en simples recolectores de vestigios de un pasado que se resiste a desaparecer. Aquí radica, a mi modo de ver, la frontera entre la simple acumulación erudita, aunque sea rigurosa, y la ciencia histórica.

1. *La inaprensible información*

Cuando, tras la profunda crisis del 98, se pone en marcha el ambicioso proyecto de Regeneración, algunas personas —Costa, por ejemplo— e instituciones entienden que el primer paso es conocer la realidad de la cual se parte y que todo el mundo fustiga. Dentro de este marco, hay que situar la meritoria iniciativa promovida por el Ateneo de Madrid y más concretamente por su Sección de Ciencias Morales y Política para el curso 1901-1902: una Encuesta⁴ de carácter antropológico-social (usos y costumbres) sobre aspectos y momentos vitales del ser humano nucleados en torno al nacimiento, matrimonio y muerte⁵.

Se trataba de obtener una radiografía crítica de la sociedad española finisecular y en qué medida las pervivencias tradicionales seguían estando presentes en el transcurrir cotidiano de las sociedades especialmente rurales. No sólo se trataba de culpar de la derrota y agotamiento a las altas instituciones del país (militares, clero, políticos, periodistas y la misma institución monárquica) sino de bucear en las causas últimas de la postración, entre las cuales, como concausa, el pueblo se hallaba también al menos bajo sospecha.

⁴ *Información promovida por la sección de Ciencias Morales y Políticas en el curso 1901 a 1902, circular y cuestionario (segunda edición). Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, Madrid, Imprenta de la Real Casa, 1901. Documentación original que se conserva en el Museo Nacional de Etnología (Madrid).*

Para ver el modelo de cuestionario (159 preguntas, en tres grandes apartados, con 28 cuestiones sobre Nacimiento, 78 para Matrimonio y 53 para Defunción), así como un interesante estudio aplicado a la provincia de Valladolid debe consultarse: Ricardo M. Martín de la Guardia, Pablo Pérez López y Guillermo A. Pérez Sánchez: «La Sociedad Vallisoletana a comienzos del siglo XX: comportamientos ante el nacimiento, matrimonio y muerte», *Investigaciones Históricas* (Universidad de Valladolid, núm 9 (1989), pp. 251-285.

⁵ Para una visión de carácter global debe verse, en primer lugar, a Carmelo Lisón Tolosana: *Antropología Social en España. Una gran encuesta de 1901-1902 (Notas para la historia de la Antropología Social en España)*, Madrid, Akal editor, 1977 (2ª edic.)

Desde nuestra perspectiva de historiadores, el «Informe» es una *fuentes* excepcional y valiosísima para penetrar en el alma social de la España en un momento clave, no tanto para conocer la situación económico-social, que ensombrece el panorama general español de entresiglos, como porque estamos ante un momento crucial en el cual ancestrales tradiciones aun se mantienen en buena medida como usos y costumbres actuantes. A partir de aquí, aunque con la lentitud que caracteriza los cambios en las estructuras mentales, podemos decir que comienza una acentuada inflexión hacia la sociedad actual, ciertamente no sin traumáticos vaivenes pendulares que van desde un intento de «modernización» acelerada (II República) a una re-regularización forzada y forzosa por mor de la situación político-social (franquismo).

Aunque existen otra serie de fuentes, generalmente indirectas y/o parciales, la verdad es que el investigador en este campo se encuentra con serias dificultades para tratar de aprehender esa realidad tan sutil como es la pervivencia de tradiciones y, lo que no es menos importante, la naturaleza de éstas y su presencia social en un momento histórico concreto. La prensa⁶, todo tipo de literaturas e informes son los mejores instrumentos, cuando no los únicos, para acercarnos al latir de ese mundo cotidiano. Lo que ocurre es que se trata de información dispersa, muchas veces aparentemente anecdótica, lo cual supone en la búsqueda mucha paciencia, acudir a las secciones «menores» y, sobre todo, una preparación metodológica que permita integrar el pequeño dato en un esquema interpretativo coherente.

A falta de documentos directos muchos estudiosos han recurrido a los análisis antropológicos comparativos —tan de moda no hace muchos años— sirviéndose de civilizaciones primitivas actuales como «fuente» de conocimiento (documento vivo) del pasado de otras civilizaciones⁷. Este tipo de recurso está muy desacreditado, porque las «contaminaciones» pueden ser muchas y no somos capaces de discernirlas. Metodológicamente tiene mayor peso el argumento que son civilizaciones distintas y, por lo

⁶ En Valladolid existen buenas hemerotecas en donde se conserva parte de esos fondos hemerográficos. Véase ALMUIÑA, Celso, *La Prensa Vallisoletana durante el XIX*, Valladolid, 1977, 2 vols.; *Catálogo de la Prensa Vallisoletana del siglo XX*, Valladolid, 1992

⁷ «Finalmente, hay un nuevo interés por el estudio de las poblaciones primitivas contemporáneas, ágrafas, o simplemente diferentes, con la que se entraba en contacto. Se intensifican con diferentes fines las exploraciones que permiten conocer nuevas gentes de culturas muy distintas de las occidentales y muy distintas entre sí. Etnógrafos y antropólogos se preguntan ante todo por la explicación de esas diferencias, por las causas de los distintos comportamientos. Hay un claro reflejo del evolucionismo biológico en el estudio de la cultura. Se explican las diferencias culturales como consecuencia de que las distintas poblaciones se encontraban en distintos estadios de la evolución de la cultura. Este *evolucionismo cultural* del XIX se caracterizaba por un marcado carácter unilineal e irreversible, que tiene su manifestación sobre todo en la obra de L. Morgan, que describe los sucesivos estados (salvajismo, barbarie, civilización) por lo que atraviesan o han de atravesar las diferentes poblaciones.(...) En un determinado momento se intentó extrapolar el comportamiento de los primitivos actuales a los primitivos prehistóricos. El argumento era muy simple: de la Prehistoria conocemos algo de su tecnología, pero no su religión, estructura social, etcétera. Si comparamos los utilajes de poblaciones del pasado con los pueblos actuales que utilizan instrumentos parecidos, podremos obtener, por *paralelismo etnográfico*, el comportamiento cultural de aquéllas». Alfonso Moure: *El origen del hombre*, Madrid, Historia/16, 1989, pp. 26-27.

tanto, incomparables. En todo caso, se trataría de aprovechar las posibles «analogías», pero nunca caer en inexistentes «homologías»⁸. Servirse de culturas primitivas actuales, a través de un proceso metodológico de «homologación» —negativo a través del cual «positivar» nuestra cultura en pasados estadios—, para llegar al conocimiento de una cultura distinta, es caer en una diferencia radical e incontrovertible: nuestra civilización ha sido capaz de evolucionar, mientras que las «petrificadas» se han quedado ancladas, tanto porque les guste (cuestión de esteticismo ecologista) como porque no hayan sido capaces de evolucionar al mismo ritmo (gradualismo) o por incapacidad manifiesta intrínseca (piensan otras escuelas). En cualquier caso, lo cierto es que la nuestra sí ha evolucionado (cambiado) y además, por definición, no ha partido exactamente de la misma situación; en otro caso, no hubiese despegado de ese estadio primitivo en el que se encuentran los modelos que pretendemos utilizar a modo de túnel del tiempo histórico.

Hay otro camino indirecto, mediante el cual se pretende suplir esa falta de fuentes, y es el intento de rescate de la parte, supuestamente, más «tradicional» de nuestra civilización. Proceso de inmersión vivencial en ese pasado «superviviente». En buena medida me parece que se trata de un desenfoque cuando menos anacrónico, puesto que se trata de endosarle a un pasado de lo que en sentido estricto es puro presente. Además se cae en un fijismo caprichoso⁹; es decir, como si esa «tradicción» fuese radicalmente inmovilista sin darse cuenta que las supuestas tradiciones también cambian, aunque ciertamente su ritmo histórico sea más lento y/o camine parcialmente por otros derroteros. En cierto modo, estamos utilizando la parte social menos evolucionada (rural) como modelo para tratar de idealizarlo (antinomía) y/o conocer cómo fue en el pasado la otra parte más dinámica (urbana). Aunque aquí, al tratarse de la misma civilización no incurrimos de forma tan flagrante en lo denunciado anteriormente.

2. Perspectiva metodológica

Desde nuestro enfoque sería preciso, como paso previo, tratar de establecer el *limes* con la mayor nitidez posible, entre *Mentalidad* y *Opinión Pública*. Lo consistente

⁸ Terminología morfologista; por otra lado, bastante desacreditada. Véase en este sentido a SPENGLER, Oswald, *La Decadencia de Occidente. Bosquejo de una Morfología de la Historia Universal*, Madrid, Edt. Espasa-Calpe, 1946 (original alemán de 1917, 1922; primera traducción española, 1923; la última edición es de 1986)

⁹ Nos olvidamos que condición intrínseca al ser humano como especie es la búsqueda continua. «Entre los animales no especializados, los monos son quizás los más oportunistas. Como grupo, se han especializado en la no especialización. Y, entre los cuadrúmanos, el mono desnudo es el más oportunista de todos. Esta es, precisamente, otra faceta de su evolución neoténica. Todos los jóvenes monos son curiosos, pero el impulso de su curiosidad tiende a menguar al convertirse en adultos. En nosotros, la curiosidad infantil se fortalece y extiende a nuestros años maduros. Nunca dejamos de investigar. Nunca pensamos que sabemos lo bastante para ir tirando. Cada respuesta nos lleva a otra pregunta. Este ha sido el más grande ardid de supervivencia de nuestra especie» MORRIS, Desmond, *El mono desnudo*, Barcelona, RBA, 1993, pp. 152-53.

en contraposición a lo cambiante¹⁰. Si en general resulta muy difícil establecer la frontera precisa entre mentalidades y opiniones públicas, cuando nos referimos al mundo rural en concreto esas dificultades son aun mucho mayores toda vez que determinadas mentalidades se mantiene de forma pertinaz incluso en aquellos momentos y sectores teóricamente más permeables a los cambios. Es posible que se deba ciertamente a una falta de precisión conceptual, pero también a falta de conocimientos históricos documentados, bien por falta de análisis y/o por la misma dificultad intrínseca del mismo campo de estudio. En cualquier caso, existe ambigüedad conceptual y faltan estudios.

Dentro del mismo campo metodológico y conceptual sería preciso hacer un esfuerzo para delimitar también los ingredientes y el sentido que se les da a términos tales como *Tradicición* y su contrapunto *Modernización*, para no identificar de forma automática y parcial tradición con ruralismo y modernización con urbanismo. En el campo y la ciudad se puede dar modernización y pervivencia de arraigadas tradiciones, cuando éstas se entiende mucho más allá del simple folclorismo. Hay tradiciones rurales y urbanas. Se dan cambios en la ciudad y en el campo, aunque ciertamente aquí se adopten con mayor retraso, porque (al menos en la contemporaneidad) el elemento motor del cambio son las ciudades.

Las últimas investigaciones en el campo de la Familia¹¹ y de la Privacidad¹² insisten en la necesidad de una nueva metodología que sea capaz de superar el anecdotismo y encontrar un modelo globalizador capaz de integrar la parcelación analítica, al ser enfocado este campo desde ángulos tan diversos como los antropológicos, economicistas, sociológicos, ideológicos, políticos y un largo etcétera.

De momento, el entrecruce de enfoques y análisis ha dado lugar a planteamientos parciales (radicales) con buena dosis de maniqueísmo. En esta línea encontramos la contraposición de dualismos como tradición y modernización, lo que se traduciría en el campo de las relaciones sociales en incomunicación (grupos cerrados) frente a opiniones públicas dinámicas (abiertas); en el terreno del pensamiento, la confrontación entre irracionalidad (mentalidades) y racionalización (ideologías). La separación nítida entre espacio público y privado (privacidad), lo que equivale a historia «de siempre» frente a «otra» nueva, más ajustada a la realidad. La de esa realidad oculta (familiar) mucho más

¹⁰ En el fondo ambas caras lo son de una misma moneda humana, por un lado la búsqueda constante; por otra, la reiteración de aquello que nos produce satisfacción. «Reglas de juego de información-comunicación: 1) investigarás lo que no conoces hasta que llegue a serte familiar; 2) repetirás rítmicamente lo familiar; 3) variarás esta repetición de todas las maneras posibles; 4) elegirás las más satisfactorias de estas variaciones y las cultivarás a expensas de las otras; 5) combinarás una y otra vez estas variaciones; y 6) harás todo esto por ello mismo, como una finalidad en sí misma. Estos principios se aplican a todos los grados de la escala, ya se trate de un niño que juega en la arena, ya de un compositor que trabaja en una sinfonía». MORRIS, Desmond, *El mono desnudo*, ob. cit. pag. 162

¹¹ BURGURIÈRE, André, KLAPISCH-ZUBER, Christiane, SEGALEN, Martine, ZONABEND, Françoise, *Historia de la Familia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988; ANDERSON, Michael, *Aproximaciones a la Historia de la Familia Occidental (1500-1914)*, Madrid, Siglo XXI, 1988; CAMPO, Salustiano del, *Evolución de la Familia española en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

¹² ARIÈS, Philippe et DUBY, Georges, *Histoire de la vie privée*. IV. PERROT, Michelle, *De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris, Sueil, 1987.

actuante en la praxis cotidiana que la oficial. Esta, hasta ahora, muy alzaprimada. Por contra, para algunos (N. Elías, L. Dumont) se podría incluso establecer la ecuación entre conquista de la privacidad (pudor) y desarrollo civilizador.

En este mismo sentido —espacial— el maniqueísmo ha llegado a extremos realmente notorios hasta el punto de contraponer campo/ciudad, vida rural/urbana; no exentas muchas de estas visiones de claras connotaciones descalificadoras/mitificadoras. La sustitución de la lucha de clases por la dialéctica de sexos como motor histórico más efectivo es defendido apasionadamente por un determinado grupo de historiadoras. En el dominio cultural la contraposición abierta e incluso la descalificación entre cultura (popular) y Cultura (élites); la primera no sólo menor, ágrafa, etc., si no también no merecedora *sensu stricto* de tal adjetivación (puristas) e incluso hasta ser descalificada por suponer una amenaza real para la auténtica Cultura (apocalípticos).

3. Instrumentos conformantes

Tanto metodológica como operacionalmente interesa mucho analizar los instrumentos conformantes tanto de las mentalidades como de las opiniones públicas. Podremos así llegar a penetrar —vertiente histórica— en cómo éstas se han formado y lo que posiblemente sea más importante, con la vista puesta en la «manipulación» del presente-futuro, conocer los mecanismos y su alcance —operacional— cara a la conformación de la sociedad¹³. Partiendo, lógicamente, que la comunicación es algo intrínseco y vital para la especie humana¹⁴.

Es ya clásico, como primera aproximación a los medios de comunicación social, clasificarlos en orales, escritos e iconográficos¹⁵. Como primera afirmación general —con ciertas matizaciones— podríamos decir que los medios orales e iconográficos han desempeñado un gran papel en la conformación de mentalidades; mientras los escritos —y desde fechas relativamente recientes los audiovisuales— en la formación de opiniones.

La palabra, la «palabra sagrada», ha sido el gran vehículo de las diversas iglesias, por supuesto también de las cristianas. La iconografía e incluso durante bastante tiempo la dramatización de la palabra (teatro) complemento no despreciable. Estos medios en el mundo rural han tenido una presencia casi monopolística y perdurable hasta fechas bien recientes. De ahí su eficacia, contando además con unos sujetos enormemente receptivos.

¹³ El papel de la prensa como correa de transmisión, pero también como motor imprescindible del cambio social en un momento especialmente crítico como es en el momento de las fisuras del Antiguo Régimen, puede verse en ALMUIÑA, Celso: «Revolución Burguesa. Prensa y Cambio Social», *Dos-Cents anys de Premsa Valenciana*, Valencia, Generalitat, 1992, pp. 19-40

¹⁴ «Desde un punto de vista social, el mono cazador tuvo que ver aumentado su impulso de comunicación y de cooperación con sus compañeros». MORRIS, Desmond: *El mono desnudo*, ob. cit. p. 48

¹⁵ No vamos a insistir demasiado en ello, véase Celso ALMUIÑA: «Revolución Burguesa»(...), ob. cit. pp. 22-29; «Entre las 'Voces Vagas' y la dramatización de la Palabra», *Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Universidad Autónoma, 1993.

En el mundo urbano hasta fechas tampoco tan lejanas, como pudiese pensarse, dichos medios han tenido también un peso considerable. Sin embargo, aquí —al menos sobre determinadas capas sociales— los medios escritos han jugado un papel mayor, tanto en el campo de las mentalidades, ideologías como en el de las opiniones. Para ciertas capas urbanas, por ósmosis, habría también que tener en cuenta las «voces vagas»; es decir, los rumores, que tan eficaces son al menos en sentido desestabilizador, en momentos críticos¹⁶.

La radio se convierte en el gran instrumento de comunicación de masas desde los años treinta¹⁷. Realmente es la Guerra Civil española la que impulsa de forma notable la radio como medio de comunicación, el segundo gran impulso socializador lo propiciará el transistor¹⁸. Y, desde luego, la televisión, a partir de los sesenta —tal vez habría que esperar una década más en el mundo rural— ha conseguido un grado de penetración y aceptación notable. Es posible que su poder de penetración no sea tanto como se supone, aunque habría que matizar de acuerdo con edades, grados de formación, posibilidades de alternativa y contraste, etc. Pese a esas variables, lo que no parece duda es que su capacidad de penetración es considerable, al menos en campos como el consumo, gustos, opiniones; aunque no está tan claro, por falta aun de perspectiva histórica, que su capacidad de arrastre sea tal que haga variar las estructuras mentales en un corto período de tiempo.

Lo que desde luego no cabe dudar es que, desde una perspectiva histórica, los medios de comunicación social ha experimentado una gran evolución desde comienzos de la modernidad y que su capacidad de irradiación, al menos y por lo que parece también de penetración, crece de una forma exponencial. Primero en el campo de la escritura, con las posibilidades abiertas por la galaxia Gutenberg (imprenta) y sobre todo con la socialización del mensaje escrito gracias a la prensa de masas (rotativa). En el terreno oral, con la galaxia Marconi (radio) y en nuestros días con la aldea global audiovisual profetizada por McLuhan¹⁹. Incluso no cabría olvidarnos de la anunciada «revolución informática», que para algunos va a ser el instrumento de transformación definitivo²⁰.

¹⁶ ALMUIÑA, Celso, Entre las «Voces Vagas» (...), *ob. cit.*

¹⁷ Alfred WEBER publica (en Leiden. Holanda) *Kulturgeschichte als Kultursoziologie* en 1935 cuando el nazismo ya comienza a hacer un uso masivo de la radio como medio de manipulación de masas. Parece que tiene en mente a este nuevo instrumento de comunicación cuando comparte la tesis de una gran crisis en el «proceso de civilización externa» por mor de la nueva técnica; el mundo se está convirtiendo en algo «simultáneo» y «común» (lo que McLuhan, mucho después, denominará «aldea global»). Cfr. WEBER, A., *Historia de la Cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 320-322.

¹⁸ GARITAONAINDIA, Carmelo, *La Radio en España, 1923-1939 (De altavoz musical a arma de propaganda)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988. José María BURRIEL: *La Radio*, Barcelona, Salvat, 1981

¹⁹ MCLUHAN, M., *La Galaxia Gutenberg. Génesis del homo typographicus*, Madrid, Aguilar, 1972; *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Edit. Diana, 1969; *Mutations 1990*, Tours, Edit. Mame, 1969. CAZENEUVE, Jean, *La sociedad de la ubicuidad. Comunicación y difusión*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978

²⁰ DORMIDO, Sebastián y MELLADO, Mariano, *La Revolución Informática*, Barcelona, Salvat, 1986. MOSCOSO, Vicente, *Fantasías electrónicas. Crítica de las tecnologías de la información*, Barcelona, Paidós, 1986. RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, Antonio, *Navegar por la información*, Madrid, 1991

Cada época tiene sus específicos medios de comunicación, afirmaríala un historiador clásico. Otros, desde el prisma de los ecosistemas informativos, podrían asegurar que cada momento histórico es precisamente el fruto (con una no pequeña dosis de determinismo) de los medios de comunicación de que dispone²¹. En cualquier caso —efecto/causa/concausa— los medios de comunicación desde los más primitivos (próximos) a los más sutiles y subliminales (incontrolados) son importantes a la hora de la conformación de mentalidades e imprescindibles para «orientar» las interesadas y volubles opiniones. Se trata de fenómenos de intercomunicación y éstos son impensables sin instrumentos de comunicación, desde la humilde palabra boca a boca al más sofisticado satélite u ordenador de la ultimísima generación.

Si esto es así, el investigador en este campo de mentalidades y opiniones, a la hora de rastrear permanencias y cambios (tradicición/innovación), ha de tener muy en cuenta esta realidad y tratar de comprobar con la mayor precisión posible el medio y su influencia real a la hora de afianzar el pasado, recrearlo o destruirlo. En una palabra, en qué medida las tradiciones se conservan, recrean o, por contra, se opta por la vía rupturista. Este hecho a lo largo de la historia varía sustancialmente, al menos, en función de la conjugación de dos coordenadas principales: espacios y tiempos históricos. Espacialmente, las variaciones son importantes tanto desde un punto de vista de los macroespacios (áreas de civilizaciones/sociedades) como de los micro (campo/ciudad, regiones/naciones). Si la dinámica histórica es constante, no lo es menos que los ritmos históricos parecen querer dar la razón a cierta ley pendular (reposo/aceleración) y es precisamente en los momentos de crisis —aceleración— cuando las rupturas con el «irracional» (insatisfactorio) pasado introduce golpes de timón pronunciados y orientaciones por vías distintas (inexploradas).

4. *Grandes crisis históricas y rupturas de la tradición*

Si las mentalidades y su ropaje la tradición, pese a que ciertamente cambia de forma muy lenta, lo que no permanecen es inmóviles. Ahora bien, es el momento de crisis, precisamente porque se presentan fisuras significativas, cuando las mutaciones son más aceleradas. El espejismo coyuntural da la imagen, para la generación que los sufre, que las transformaciones tienen mucho mayor calado (profundidad revolucionaria) del que realmente experimentan una vez que las revueltas aguas históricas se remansan.

A veces por profundas reacciones antihistóricas (rechazo consciente de una historia no precisamente gratificante) y/o por simple snobismo imitativo (ósmosis) lo cier-

²¹ Desde esta perspectiva — unos medios de comunicación casi omnipotentes— sería impensable la contemporaneidad de dos realidades radicalmente distinta (tradicición/modernidad) incluso en espacio tan próximo que llegan a cohabitar. Se podrían citar muchos ejemplos, incluso actuales, pero sin alejarnos demasiado véase, por ejemplo, esa realidad dual que señala para el País Vasco e aun en los años veinte, Julio CARO BAROJA, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1968, p. 7.

to es que en determinados y muy contados momentos se producen grandes reacciones contra la tradición (épocas revolucionarias) y, por contra, el remanso conservador, aunque no siempre satisfecho (Romanticismo), vuelve por los fueros de la tradición y por el redescubrimiento de las «auténticas» raíces (esencias).

Paradigmas del primer tipo lo encontramos en todas las revoluciones que en el mundo han sido, que no son tantas como figuran en los libros al uso. Para el segundo de los supuestos, la pléyade romántica es también bastante abundante, aunque se diferencien socialmente entre progresistas y conservadores. Estos entienden, desde Cánovas a D'Ors, con los nombres que se quiera en medio —y hasta en los bordes— que sólo la tradición es lo verdadero. Únicamente aquello que ha decantado la histórica —dirá el Cánovas ultraconservador— es realmente lo verdadero (la constitución interna de toda sociedad), lo demás es puro coyunturalismo y por ello pasajero. Así D'Ors podrá afirmar que sólo cuando se conecta con esa esencia de autenticidad, que es la tradición, se está en el camino verdadero; en otro caso, simplemente se está imitando, esto es, malcopiando (plagiando).

Nuestro neo-romanticismo interpretativo²², también con las dos vertientes progresista y conservadora, ha vuelto por los fueros de ese pasado no tanto para aprender (conocimiento histórico) como para intentar rescatarlo y reinstaurarlo en toda su plenitud, puesto que es reputado (glorificado) como la verdad sin mácula (tradicionalismo), suprimidas todas las veleidades rupturistas, decantada por los siglos de los siglos (historicismo). Es, en definitiva, la conocida ficción o escapismo de situar la añorada/anhelada «edad dorada» en el pasado (anacronismo) en vez de en el futuro (utopismo).

Aunque ciertamente los contextos susceptibles de análisis históricos son muchos más, a modo de paradigmas significativos, me voy a referir únicamente a tres momentos claves desde este punto de vista:

1.º *Revolución Liberal y reacción anti-tradicional*

La Revolución Liberal, hija de la Ilustración, es en principio una reacción contra el orden tradicional, que no sólo no se acepta como de «derecho natural» si no que se considera como resultado de la irracionalidad histórica: imposición interesada de unos pocos. La serie continua de errores históricos, esa sería la esencia del orden tradicional. Un proceso de racionalización, de acuerdo con la tripleta revolucionaria —libertad, igualdad, fraternidad—, es lo que se propone como principio básico para la construcción de la nueva sociedad. La reacción contra lo tradicional está asegurada no sólo por principio sino también por pragmatismo. La nueva sociedad deberá pues rechazar el pasado «opresor» y en su lugar deificar a la razón —su correlato, el sentido común— como suprema norma de organización.

La destrucción de archivos, especialmente los señoriales, es consecuente con este planteamiento. El pasado puede volver por sus fueros y privilegios si los viejos docu-

²² ALMUIÑA, Celso, «Prólogo» a Antonio DIÉGUEZ AÑEL, *Támega. Por un valle de civilizaciones milenarias*, Valladolid, 1993

mentos se conservan y un día alguien con fuerza suficiente decide desempolvarlos y reimplantarlos.

La gran cuestión, desde el punto de vista aquí planteado, es en qué medida el Liberalismo se plasma en la praxis y más concretamente en el conservador y desconectado mundo campesino; por otra parte, cuantitativamente mayoritario de forma abrumadora.

En el caso español, incluso en las ciudades, salvo un pequeñísimo sector social «afrancesado», dado el carácter de «guerra de independencia» que toman los acontecimientos, se produce una fuerte reacción contra lo foráneo (francés) y por ende reafirmación de «lo español» (tradicional). Esta puede ser una primera diferenciación con países como Francia, pero con similitudes con lo que sucede en el espacio alemán, por ejemplo. El romanticismo conservador se afianza frente a una «ilustración extraña». En España además el pueblo toma parte muy directa y activa en esa «guerra total»²³ que se lleva a cabo contra el invasor perturbador del orden tradicional.

Quede constancia, pues, de esta mayor pervivencia de lo tradicional, dado el confuso carácter de nuestra revolución burguesa; pese a ello, lo cierto es que los elementos subvertidores del orden y costumbres tradicionales también hace acto de presencia. La España de finales de la guerra de Independencia es en muchos aspectos muy diferente a la de la segunda mitad del XVIII. La guerra y sus perturbaciones a casi nadie deja al margen de una u otra forma. La soldadesca francesa con sus imposiciones (pillaje), pero también con su ideología (recordemos, por ejemplo, la introducción de la masonería) y sus armas remueve el hasta entonces imperturbable mundo rural tradicional. Miedo, rechazo e ideología suponen una fuerte sacudida, además en un corto y brutal período de tiempo. La Península es campo de batalla durante un quinquenio; después nada vuelve a ser exactamente igual que antes, por mucho que se intente desde instancias oficiales y paraoficiales.

Los sectores más conscientes, de ambos bandos, a través de los medios de comunicación más modernos para entonces —prensa escrita— intentan llegar a los sectores claves de la sociedad²⁴. A través de medios más convencionales, a veces hasta ingeniosos, hasta los últimos rincones del campo español: rumores («voces vagas»), letras de tonadillas, teatrillos improvisados, etc.²⁵.

Todo ello va calando, al menos, va cuestionando las «verdades tradicionales». En el fondo lo que se rechaza, al cuestionarlo, es un mundo en el que la mayoría no se siente a gusto. Un mundo en el cual unos por el deseo de introducir cambios profundos (revolucionarios) y otros (reaccionarios) por tratar de hacer frente a aquéllos, todos terminando aceptando la necesidad de introducir ciertas modificaciones aunque sea como simples promesas pasajeras. Lo importante no es cuánto se cambia, que es más bien

²³ ALMUIÑA, Celso, «Formas de resistencia frente a los franceses. El concepto de guerra total», *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 453-472.

²⁴ ALMUIÑA, Celso, Egido Teófanos y Martín de la Guardia Ricardo: «La crisis del Antiguo Régimen en España. La propaganda como arma de combate», *17º Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, Madrid, 1992, vol. II pp. 753-770

²⁵ ALMUIÑA, Celso, «El Dos de Mayo Madrileño. Las reacciones de la opinión pública», *Actas del Congreso Internacional «El Dos de Mayo y sus precedentes»*, Madrid; 1992 pp. 483-501.

poco, como el cuestionamiento y la ruptura de orden de cosas considerado inamovible e incluso de origen divino. En este sentido el salto es cualitativo. Se abren las fisuras en el orden tradicional por el que las nuevas formas, de la mano del primer Romanticismo, se irán abriendo paso entre los sectores sociales más vanguardistas.

Después de la guerra de la Independencia, pese a que todo parece volver a los tradicionales cauce con la Restauración fernandina (Fernando VII), lo cierto es que el fermento está ahí y no sólo en el terreno político con los «pronunciados», también en costumbres y comportamientos sociales.

El Romanticismo, ciertamente con su doble orientación (progresista y conservadora), vuelve a intentar recuperar el pasado, la tradición; pero no debemos olvidar que es en gran medida coloreándola, inventándola de acuerdo con gustos de la época. El pasado sirve de pretexto para modificar costumbres externas y vivencias, desde el vestido a usos sociales. Las ansias de libertad, la exaltación de ésta, tanto a escala individual (burgués) como colectivo (pueblos), son dos aspectos fundamentales que chocan contra la ideología y vivencias tradicionales. En este sentido, poco tiene que ver con el tradicionalismo clásico. Existe, al menos, la misma distancia que puede diferenciar a un carlista de un conservador (liberal).

Las revoluciones burguesas (XVIII-XIX) suponen así la primera gran ruptura —cualitativa— del orden tradicional, el cual durante siglos pacientemente y con gran vigilancia de las diversas autoridades (las heterodoxias son severamente perseguidas) se había ido tejiendo, hasta ser reputado como el sumum de la perfección organizativa por estar inspirado en último término por la Providencia (teorías providencialistas).

2.º *El Noventayocho y la Regeneración de España*

La despedida de la centuria decimonona se cierra como se abrió: situación realmente crítica para muchos países y especialmente para España. Es ese momento cumbre el que obliga a los españoles de entonces a enfrentarse consigo mismos y preguntarse —de forma un tanto trágica— el por qué de todo lo sucedido. Inmediatamente se discurre por la vía fácil, como suele ser habitual, la búsqueda de culpables directos sobre los cuales descargar todas las iras con el deseo, más que convencimiento, que anatematizado el chivo expiatorio todo se solucionará por arte de magia (mesianismo).

Todas las instituciones, en su afán de salir indemnes o al menos lo menos tocadas posible, terminan por culparse mutuamente. El pueblo y sus costumbres no quedará tampoco precisamente libres de sospecha. Así surgen los ataques inmisericordes por parte de muchos intelectuales de ésta y la siguiente generación (1913). Ortega puede ser un buen ejemplo, pero no el único ni el primero.

La Iglesia, sus costumbres, usos y abusos es pasto abonado para todo tipo de anticlericalismos²⁶. La reacción anticlerical es muy fuerte tan pronto como entramos en la

²⁶ ALMUIÑA, Celso, «Masonería y Crisis Finisecular», *Actas del Congreso de Masonería*, Zaragoza, 1993.

actual centuria. Muchos partidos convierte el anticlericalismo en parte sustancial de sus programas. La Regeneración de España tiene que venir de un cambio profundo en todos los órdenes de la vida, por una «modernización racionalizadora». De nuevo se produce un gran ataque contra lo tradicional. Algunos escritores —Ortega— terminarán afirmando, a modo de anécdota ejemplificadora, que muchas de las costumbres denominadas «tradicionales» y más en concreto los trajes apodados típicos son ni más ni menos que una forma artificiosa de «disfrazar al pueblo de pueblo». La modernización de España sólo puede venir de la mano de un gran esfuerzo educativo de tipo laico²⁷. A ello se entrega con gran afán buena parte de esta generación pedagógica.

Es verdad que este proceso de «modernización a la carta» produce también efectos contrarios. Surge toda una pléyade de eruditos e incluso de publicaciones dedicadas a recuperar el pasado, la tradición²⁸. Entre nosotros *El Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones* (1903-17)²⁹, luego *Castilla Artística*, es el mejor ejemplo y más acabado de esta nueva sensibilidad que trata de mezclar el conocimiento directo (vivencial) con el estudio riguroso, todo ello con un regusto neo-romántico de recuperación y conservacionista del pasado. De ahí arranca la actual «Escuela Castellana» de estudiosos de la tradición que tantos investigadores y frutos está dando³⁰. La importancia, pues, de esta gran empresa —no suficientemente valorada— es realmente decisiva, tanto por los estudios que aporta como por las informaciones ya convertidas en fuente imprescindible para el conocimiento de lo «castellano».

Es difícil hacer una valoración global, aunque sólo sea a escala regional, del alcance de esta gran operación regeneradora de modernización que se desarrolla a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, con especial intensidad durante la II República. Período en que el afán renovador (reformador más que revolucionario) alcanza una intensidad encomiable. Los esfuerzos de los grupos comprometidos (Misiones Pedagógicas, como paradigma) es importantísima. Sin embargo, no se puede decir sin más que dichos «misioneros» fuesen directamente en contra de la tradición. Trataban de rescatar o reinterpretar la tradición de acuerdo con relecturas «liberadoras» frente a los grupos de dominio tradicionales. No debemos olvidar que muchas de estas tradiciones, forjadas a lo largo de siglos bajo estructuras sociales muy concretas, obedecen por tanto a unos roles sociales muy específicos.

Los medios de comunicación de masas y más concretamente la radio —en la medida que consigue llegar hasta las últimas capas sociales analfabetas, las cuales hasta

²⁷ ALMUIÑA, Celso, «Ideología y Enseñanza en la España Contemporánea. La lucha por el control de la Escuela», *Investigaciones Históricas*, (Universidad de Valladolid, núm 7 (1988), pp. 203-235

²⁸ ALONSO CORTÉS, Narciso a la larga es el más representativo, pero no el primero ni único. ALMUIÑA, Celso, «Narciso Alonso Cortés y el Renacimiento de la Cultura Castellana», *Castilla Artística e Histórica. Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, Valladolid, Grupo Pinciano, 1984, tomo III pp. VII-XVII

²⁹ Editado en facsímil por el Grupo Pinciano a partir de 1982. Véase «Prólogo», por ALMUIÑA, Celso, al tomo I (1903-1904) *Castilla Artística e Histórica. Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*.

³⁰ Las obras y los autores son ya por suerte abundantes. Podríamos citar, a modo de ejemplo, precisamente por su carácter colectivo (más de una veintena de plumas), la coordinada por DÍAZ, Luis, *Aproximación Antropológica a Castilla y León*, Barcelona, Anthrops, 1988.

entonces la única información que había recibido, por los siglos de los siglos, era del más puro corte tradicional— suministran nuevas visiones (generalmente urbanas) que de alguna forma comienzan a cambiar al cerrado mundo rural tradicional. En este sentido, se produce un corte importante durante la II República, con la contrapartida de ser durante un breve período de tiempo como para que las transformaciones pudiesen ser realmente sustanciales en un terreno de gran resistencia al cambio.

3° *Franquismo y re-ruralización*

De nuevo la ley del péndulo. Con el triunfo del Franquismo los valores tradicionales lo invaden todo, desde el pensamiento (nacionalcatolicismo), pasando por la política (tradicionalismo), hasta la vida cotidiana donde se defiende y predica un cierto modelo, idealizado, de vida rural. Significados jerarcas del franquismo expresarán de forma más o menos clara (Mola) su desprecio por la industrialización (causa y efecto) del obrerismo, a la vez que exaltan y cantan al campesino con sus valores tradicionales, cual nueva Arcadia reconquistada.

El modelo que supuestamente representaba la República (ciudad, obrerismo, «moderneces», descreimiento, etc) son fustigados desde todos los frentes. La anti-España era todo eso y mucho más. La auténtica España tenía que ser, desde esta visión maniquea y tradicionalista, todo lo contrario. La historia de España es un continuo drama, según versión oficial³¹, en defensa de las esencias tradicionales³². Ahora correspondía enderezar la torcida andadura y volver a la senda verdadera (tradicional).

En pro de este frente interior (reconquista con aire de cruzada) se lanza toda la artillería del poderoso aparato del régimen: Enseñanza, desde la primaria a la universitaria. Papel muy destacado tiene en este sentido la Sección Femenina que, cual nuevas Misiones Pedagógicas, se lanzan a la difusión de valores y comportamientos tradicionales³³. Los Medios de Comunicación en tromba, desde los escritos, la radio, el cine (no olvidemos los paradigmas presentados a través, por ejemplo, del No-Do) se lanzan a la difusión de los valores auténticos (los de siempre), con directrices precisas y controles

³¹ «Estos son los tres actos del drama de España. En el primero, logra su unidad; en el segundo, afirma su grandeza; en el tercero, defiende su libertad. Ahora, en el momento actual [1939], quiere recoger el resultado de esos tres grandes esfuerzos de su Historia, y ser Una, Grande y Libre». INSTITUTO DE ESPAÑA: *Manual de la Historia de España*. (Segundo Grado), Santander, Aldus, 1939, p. 9

³² «La Espada al servicio de la Cruz ¿Y cuál era la sustancia y contenido de ese Imperio? Coviene saberlo, porque es el significado propio que el Imperio tiene y ha tenido siempre para España. El mismo que debe tener ahora [1939] que tanto se oye pronunciar esa palabra. (...) Es poner nuestra espada otra vez al servicio de la Fe y de la civilización. Como un abrir otra vez los brazos para sacrificarse por todos, al frente de los nuevos peligros mundiales. Por eso el Movimiento Nacional de 1936, aun antes de acabar de reconquistar a España, tiene alma y sentido imperial». *Ibidem*, p. 157.

³³ MIGUEL SANCHA, Mónica de, «La mujer rural a través de una encuesta de la Sección Femenina», *Actas de las XII Jornades de Estudis Històrics Locals. Premsa, Ràdio i Televisió des d'una Perspectiva Històrica*, Mallorca, 1993.

que impiden cualquier improbable intento de desviacionismo³⁴. La Iglesia, habitualmente desde el púlpito y con bastante regularidad a través de Misiones, adoctrina acerca de los modos de vida y valores tradicionales.³⁵ Los españoles se ven sometidos a un bombardeo propagandístico monocorde y machacón como en ninguna otra etapa de la larga historia española. Es realmente difícil, por no decir imposible, mantenerse al margen de semejante campaña propagandística, llevada a cabo también por medio de instrumentos oficiales³⁶.

En qué medida esta propaganda cala en el conservador mundo rural. Es difícil contestar. Lo que sí es cierto es que encuentra menor resistencia que en el medio urbano. La presión oficial, el bombardeo a través de la radio y luego por medio de la televisión sintoniza con una determinada mentalidad agro-tradicional de grandes áreas rurales; en segundo lugar, la reiterada exaltación de hábitos y comportamientos tradicionales, a través de la palabra «sagrada» y la no menos acatada de ciertos «predicadores» laicos, induce a reforzar y aun redescubrir todas una serie de formas de vida tradicionales en la mayor parte de los casos con una gran carga de reaccionarismo (vuelta al pasado).

Es preciso pues, a la hora de investigar en este campo y en este período, distinguir con claridad, lo que no siempre resulta fácil, lo que realmente persistió a lo largo de siglos como tradición de lo alambicado (folclorismo artificioso) que se re-inventó como si de la más rancia tradición se tratase. Tradiciones de signo diverso, generalmente con un fondo paganizante, fueron recristianizadas de acuerdo con la mentalidad imperante. Otras simplemente prohibidas, podían ser los carnavales por ejemplo, porque resultaban francamente difíciles de controlar e incluso y/o de darles un sentido distinto al primigenio.

Los historiadores no deberíamos olvidar estas realidades subyacentes que están ahí y actúan en el momento presente con mucha más fuerza de la que posiblemente podemos discernir con claridad: por un lado, esa «herencia» directa del franquismo, arcaizante y folclorizadora; por otro, la sensibilidad neorromántica actualmente imperante, idealizadora del pasado simplemente por el mero hecho de serlo (historicismo reaccionario).

5. *A modo de conclusiones*

1.^a Es imprescindible buscar el encuadre interpretativo, si realmente queremos superar la pura erudición y el simple anecdotismo. En este complejo campo de la Tradición, donde se entrecruzan tantas disciplinas y es campo abonado para las más variadas

³⁴ SINOVA, Justino, *La censura de Prensa durante el franquismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

³⁵ Para ver el papel que juega la prensa católica dentro del organigrama propagandístico franquista, debe consultarse la obra de PÉREZ LÓPEZ, Pablo, *Católicos, política e información. «Diario Regional de Valladolid», 1931-1980*, Valladolid, 1993.

³⁶ Para una profundización en la propaganda lleva a cabo a través de la prensa del aparato, véase MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *Información y Propaganda en la prensa del Movimiento. «Libertad» de Valladolid, 1931-1979*, Valladolid, 1993.

interpretaciones, es imprescindible, como punto de partida, una buena precisión conceptual, un correcto manejo metodológico y un no pequeño conocimiento de las principales corrientes interpretativas. En otro caso, siempre existirá el peligro de deslizarnos en este resbaladizo campo de quedarnos en lo anecdótico y caer fácilmente en distorsinadas interpretaciones e incluso en peligrosas mixtificaciones.

2.^a Las fuentes para el estudio del pasado, especialmente cuando se trata del campo de las mentalidades, tradiciones, etc., son realmente escasas y muy parciales. Casi siempre es preciso recurrir a fuentes indirectas y de escaso rendimiento informativo. En cada área y caso concreto es preciso, antes de iniciar el trabajo, hacer un detallado balance en este sentido, para evitarse pérdidas de tiempo y/o frustraciones innecesarias.

3.^a Hay que advertir de los peligros a los que pueden llevarnos métodos inadecuados, cuando pretendemos querer suplir lagunas informativas insuperables. Es mejor dejar zonas en sombrar que aventurarnos en creacionismos o simples hipótesis en vez de elevarlas a la categoría de tesis. Lo que podía ser simple suposición (hipótesis) sugieridora la convertimos, de acuerdo con nuestra lógica (no con la dialéctica histórica), en la más contumaz de las tesis.

4.^a La tradición, por muy constante que sea, no es nunca inmovilista. Se mueve a ritmo lento. En otro caso, si no hubiese cierta acomodación, primero se caería en el anacronismo y luego sobrevendría la esclerosis que terminaría en agonía. En determinados espacios geográficos y en general en el mundo rural el ritmo de cambio es ciertamente más lento. Pero no sólo por esto, no se únicamente una cuestión de manecillas de reloj, fundamentalmente se trata —y se suele ignorar con gran frecuencia— de una acomodación del hombre a un medio concreto, que es intransferible a otros. Dicho más directamente, tradiciones que pueden ser útiles y gratificantes en un determinado marco rural, serían inoperantes y hasta imposibles en un ambiente radicalmente distinto de impronta urbana. Estos intentos de traslación mimética en el fondo obedecen a un desconocimiento craso y a una imaginaria idealizada.

5.^a Los medios de comunicación, desde los más simples a los más sofisticados, juegan un papel básico en el intercambio continuo de experiencias. No hay ninguna cultura totalmente inmóvil y encerrada en sí misma. De darse, por definición, se habría consumido. El conocimiento de los medios y el papel que juega cada uno de ellos en cada momento parece imprescindible para poder delimitar tradiciones y sus posibles influjos mutuos. Sin conocer los intercambios y la capacidad de irradiación realmente no podremos penetrar en la esencia de las mentalidades, opiniones, etc que conforman todo un tipo de cosmovisiones. Desde esta perspectiva, los medios de comunicación no los deberíamos de ver tanto como fuente histórica (papel secundario) como creadores-sostenedores de determinados modos de relación. Visión no tanto de fotografía como de factor de dinamicidad.

6.^a No parezca que ofrezca mucha duda que, según esa ley del péndulo histórico, hay momentos donde la tradición impone sus fueros y en otros cuando la innovación (modernización) parece acelerar el paso. En los primeros, domina una sensibilidad romántica; en los segundos, una gran confianza en el *homo sapiens* y su capacidad de

progreso, de búsqueda de espacios de convivencia mejores y para más personas. En aquellos momentos en que la insatisfacción se hace mayor puede ocurrir que se pretenda buscar en el pasado un cobijo amoroso (idealizado), aunque generalmente, por lo menos en la contemporaneidad, se apunta hacia delante. De una forma u otra se produce la ruptura con el pasado y paralelamente con sus ropajes más significativos (tradiciones), que representan y recuerdan momentos poco gratificantes que se intentan borrar.

7.^a En España, después de un largo período de casi medio siglo donde la tradición, más concretamente el tradicionalismo, se ha convertido en dogma y norma de vida podría esperarse una fuerte reacción en el sentido contrario; sin embargo, si esto ha ocurrido en la vida política y algunas parcelas más, la nueva-vieja sensibilidad (cosmovisión) neo-romántica ha vuelto por sus fueros ya sea en una dirección progresista o conservadora (como el viejo romanticismo). No se podrían explicar muchas cosas —no sólo en el espacio español— sin tener en cuenta esta nueva cosmovisión. Ese regusto por el pasado, esa búsqueda de las raíces de cada «pueblo» (en la mejor tradición romántica). Esto se plasma desde la política (Comunidades Autónomas), manifestaciones artísticas (*revival*) o todo eso que llamamos postmodernismo (irracionalismo, pensamiento débil) y que en el fondo es un nuevo impulso de exaltación, casi siempre insolidario, del individualismo. Este individuo en épocas de crisis, al menos algunos, encuentran un buen respaldo y sobre todo aparente seguridad en algo contrastado por la experiencia histórica como son las tradiciones.

Si tan malo es dar saltos en el vacío histórico (rupturas violentas) no lo es menos cuando se intenta, anacrónicamente, tratar de mantener un pasado y sus formas que ya no es nuestro presente ni nuestras formas de afrontar la vida colectivamente, por mucho que algunos les insatisfaga y les asuste «su» presente, hasta es posible que con razón. Pero esa es ya otra cuestión y campo abonado para diseñadores de nuevos modelos sociales que sin duda tendrán que venir y suceder al *revival* postmoderno. Lo que permanezca también se incorporará con el tiempo al acervo cultural que llamamos tradición.